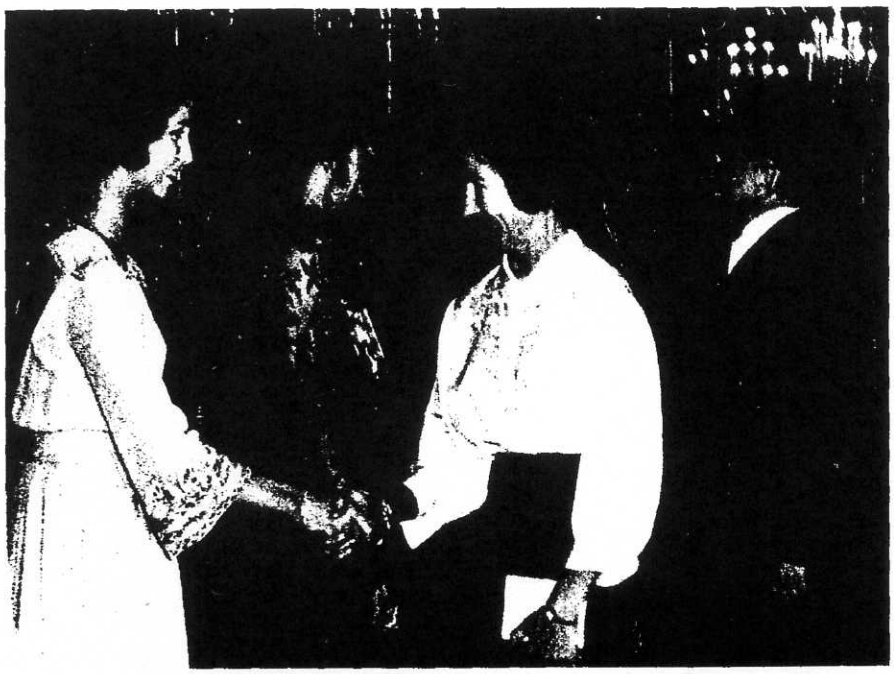
Hay que hablar con Carrillo



Santiago Carrillo en una cena en el Palacio Real. Corría el año 1977.

Este capítulo del libro «Treinta días de noviembre", de Pilar Cernuda (Colección Historia y Sociedad, de Planeta), describe cómo se fraguó el encuentro entre el enviado del Príncipe Juan Carlos y el líder del PCE, Santiago Carrillo. El libro estará a la venta el 24 de octubre

Treinta días de noviembre. Pilar Cernuda. Planeta. 224 págs. 2.100 ptas.

EN SU EXILIO DE PARÍS, EL HOMBRE MÁS temido del franquismo, el hombre que dirigía el Partido Comunista, Santiago Carrillo, recibía puntual información sobre todo lo que sucedía en España. Vivía en la capital francesa bajo identidad falsa, con documentación a nombre de monsieur Giscard (...) y sin que sus propios hijos supieran que su padre era el secretario general del Partido Comunista español, que era ilegal en Francia.

Su militancia, desde siempre, se organizaba para hacerle llegar, a diario, noticias muy concretas sobre lo que ocurría en el gobierno español, en los sindicatos, sobre cómo se respiraba en los grupos más o menos tolerados —los socialdemócratas de Antonio López, los de Cantarero del Castillo, los seguidores de Fernández Ordóñez, los democristianos de Ruiz Jiménez y Gil-Robles, los nacionalistas del PNV o de Pujol, los andalucistas de Rojas Marcos, los liberales de Satrústegui, los monárquicos de Don Juan— ante lo que se adivinaba últimos años de Franco. (...)

A partir del 74, cuando se tenía la certeza de que el fin de Franco estaba próximo, a Carrillo, como a todos los grupos antifranquistas de dentro y fuera de España, le preocupaba el futuro, cómo iban a reaccionar los franquistas, de qué manera se iba a articular la sucesión. Pocos confiaban en las dotes políticas del Príncipe Juan Carlos, a quien Carrillo solía llamar en público «el Breve» porque estaba convencido de que no iba a durar mucho en la jefatura del Estado por su vinculación con Franco y por las escasas dotes políticas que el viejo comunista creía ver en el que iba a ser el Rey de España.

La noticia de las condenas a muerte de septiembre del 75 y del empeño de Franco de no firmar el indulto heló la sangre de Carrillo, que quiso movilizar cuanto estuvo en su mano para expresar su condena y sensibilizar a los españoles sobre lo que él consideraba una atrocidad.

(...) Desde hacía varios años mantenía encuentros clandestinos con personas que sabían muy bien qué pasaba en España, y que nada tenían que ver con el Partido Comunista. Se trataba de personas que querían conocer al líder del PCE, cambiar impresiones con él, enterarse de sus planes de futuro, y que entraban en contacto con el dirigente comunista a través de amigos comunes, de absoluta confianza de las dos partes. Algunos de esos amigos comunes eran los propios corresponsales españoles en París, que sirvieron en multitud de ocasiones de intermediarios.

En casa de Feliciano Fidalgo, periodista de raza, Carrillo se había entrevistado, por ejemplo, con Rafael Arias Salgado y su entonces mujer, Guadalupe Ruiz Jiménez. A Carrillo le sorprendió el antifranquismo de aquel hombre, hijo de un antiguo ministro de Franco, que quiso ver a Carrillo cuando Franco se encontraba ya en las últimas. Arias Salgado habló de la necesidad de que la oposición llegara a algún tipo de acuerdo para actuar con un criterio uniforme cuando se produjera la muerte del Caudillo.

Precisamente en la unidad de la oposición trabajaban ya Carrillo y otros dirigentes políticos que habían creado la llamada Junta Democrática, cuyo centro principal de reuniones se encontraba en París, y que en los meses anteriores a la muerte de Franco tenía la esperanza de incorporar en

sus filas al propio Don Juan de Borbón. Nunca el padre del Príncipe llegó a tratar directamente con los máximos responsables de la Junta Democrática, pero una persona muy cercana al Conde de Barcelona, Rafael Calvo Serer, antiguo editor del desaparecido diario *Madrid*, aseguraba que Don Juan iba a integrarse en aquel grupo de dirigentes políticos que atraía la atención de la oposición. (...)

Cuando en el verano del 74 el Generalísimo fue ingresado en el entonces llamado hospital Francisco Franco —hoy Gregorio Marañón— gravemente enfermo, el matrimonio Carrillo se encontraba en Cannes, de vacaciones en casa de su buen amigo Teodulfo Lagunero, un empresario con éxito en los negocios, discreto, muy bien relacionado con personas clave del mundo de la cultura y la política. (...)

Hasta Cannes acudieron Rafael Calvo y el abogado Antonio García Trevijano para reunirse con Carrillo y hablar sobre el futuro y el papel de la Junta Democrática. No eran frecuentes las reuniones (...) lo cierto es que en esos meses tensos, con Franco agonizando, solamente se celebró una reunión en París y otra en Lisboa. Fue en esta última, que tuvo lugar en el 75, cuando Don Juan rechazó la invitación de asistir y, lo que era más importante, rechazó incorporarse, a pesar de que los «junteros» se habían ido a su propio terreno, a Portugal, para facilitarle las cosas. (...)

Santiago Carrillo opina de su encuentro con Nicolás Franco: «Al poco tiempo de hablar con él me di cuenta de que, desde luego, no venía de parte de Franco»

En el otoño del año 74, Santiago y Carmen pasaban unos días de vacaciones en Livorno con sus hijos. Recibieron una llamada de Teodulfo que decía a Santiago que debía desplazarse a París para ver a una persona «muy importante», según José Mario Armero, presidente de la agencia Europa Press, muy amigo de Lagunero y persona de toda confianza.

Carrillo fue a París. La cita iba a producirse en un restaurante de l'Ile de la Cité, Le Vert Galant. La persona «muy importante» era Nicolás Franco y Pasqual del Pobil, sobrino del Generalísimo.

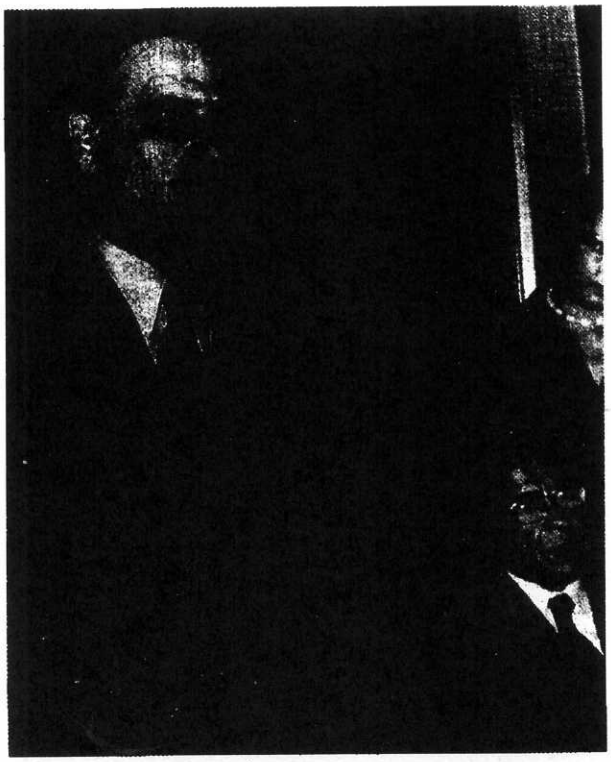
En Madrid, tres días antes de la cita, Nicolás Franco se había visto con el Príncipe Juan Carlos, con quien mantenía una estrecha relación desde muy jóvenes; el hermano de Franco, y padre de Nicolás, era embajador en Portugal y, en cierto sentido, se podía decir también que era el embajador de Franco ante Don Juan, pues servía de correo entre El Pardo y «Villa Giralda». Su hijo Nicolás y el Príncipe pasaban muchas horas juntos durante los veranos y, cuando Don Juan Carlos fue designado sucesor, continuaron su relación.

A finales del año 73 el Príncipe pidió a Nicolás Franco que le elaborara un informe sobre la situación política en general, con especial atención hacia la oposición al régimen, y que a ser posible lo realizara después de mantener contactos directos con algunas de las personalidades más significativas de los movimientos antifranquistas. Al mismo tiempo que recogía sus impresiones, Nicolás Franco debía transmitirles la intención del Príncipe de apostar por la democracia una vez que llegara a la jefatura del Estado. Se trataba de un encargo delicadísimo, que comprometía al Príncipe y también a quien realizara el informe, que debía moverse con cautela en unos tiempos en los que los servicios de información del franquismo mantenían bajo estrecha vigilancia a todos los políticos que se movían fuera de los cánones que marcaba el Movimiento.

El Príncipe había decidido que la persona idónea para realizar ese trabajo era Nicolás Franco, por muchas razones. En primer lugar, contaba con toda su confianza, y sabía que su lealtad era absoluta. En segundo lugar, Nicolás Franco tenía experiencia en contactos políticos de toda índole, ya que no sólo conocía bien a españoles de diversos sectores, sino que su agenda internacional era muy importante y exclusiva. Estaba en condiciones de llegar prácticamente a todas partes. En tercer lugar, al ser sobrino de Franco, podía moverse con gran libertad sin levantar sospechas. Pero la primera razón era la más importante de todas: su lealtad al Príncipe, el afecto que los unía y la sinceridad con que cambiaban impresiones y abordaban todos los asuntos que debían ser analizados.

El Príncipe y el sobrino de Franco prepararon una especie de programa de encuentros con esas personalidades, que no incluirían en una primera fase a nadie del Partido Comunista; aunque sí acordaron que, quizá en una segunda etapa, finalizada la primera ronda de conversaciones, Nicolás Franco podría entrevistarse con el propio Carrillo.

En la lista de personas que Nicolás Franco decidió ver a instancias del Príncipe se encontraba el viejo dirigente de la CEDA José María Gil-Robles, cuyos hijos conocían bien al propio Nicolás Franco y al Príncipe, de los tiempos en que su padre vivía exiliado en Portugal; también estaba el ex ministro de Franco Joaquín Ruiz Giménez, que trataba de aglutinar a distintos grupos democristianos; el cardenal En-



El editor Calvo Serer inició el acercamiento con el líder del PCE.

rique y Tarancón que, sin que se pudiera considerar un político antifranquista, sí podía dar una visión muy certera de los movimientos obreros católicos que revestían tanto protagonismo. Estaba también Tierno Galván, y del PSOE, el interés se centraba sobre todo en Pablo Castellano, del que Nicolás Franco pensaba que podría hacerse con la dirección del partido si, como se preveía, los militantes que vivían en España se enfrentaban (...) a Rodolfo Llopis y a quienes movían los hilos desde Francia. Aunque también incluyeron a Felipe González porque el abogado José Mario Armero le auguraba un gran futuro en el PSOE. Y acertaba.

La reunión con Felipe González se celebró en el domicilio de José Mario Armero, en Aravaca, en las afueras de Madrid. Este abogado contaba con los mejores contactos en todos los centros de decisión, tanto del gobierno como de las finanzas, el periodismo o los grupos del antifranquismo. En esta reunión, los tres solos dieron un repaso a la situación española y al papel del Príncipe. Felipe González explicó detalladamente cuáles eran sus proyectos sobre lo que llamaba el nuevo socialismo español, y transmitió a Armero y a Nicolás Franco la necesidad de que el PSOE diera un giro hacia la socialdemocracia; ése, explicó, era el espacio que debía intentar ocupar.

El Príncipe y el sobrino de Franco prepararon una serie de conversaciones con personalidades políticas, entre las que no había, en un principio, nadie del Partido Comunista

Lo que más le impresionó a Nicolás Franco en su primera entrevista con Felipe González fue la seguridad con que decía que tenía una misión que cumplir. Era el tipo de hombre que consigue sus objetivos porque no tiene duda de que su camino está marcado y no debe apartarse de él ni un milímetro. A los pocos meses de la cena en Aravaca, en octubre del 74, Felipe González, una cara nueva, derrotaba a Llopis, representante de la vieja familia socialista, en el congreso de Suresnes y se hacía con el control del partido.

Para completar el informe político sobre la situación española, el Príncipe y Nicolás Franco decidieron que había que recoger también las impresiones de algunas de las personalidades más afines al franquismo, como el notario Blas Piñar y el ex ministro Girón de Velasco.

En sus entrevistas con los dirigentes políticos, que se celebraron en otoño del 73 y en los primeros meses del año 74, Nicolás Franco y Pasqual del Pobil se mueve con cautela. En algunos casos da a entender que es el Príncipe quien se muestra interesado en saber cómo respiran determinadas personalidades que considera importantes para el presente y el futuro de España.

Con las opiniones que va recogiendo, escribe finalmente un texto que entrega a Don Juan Carlos. Además de poner sobre el papel esas opiniones, Nicolás Franco hace su propio análisis de la situación, en el que puede considerarse el primer documento riguroso que recibe el futuro Rey sobre cómo respira, cómo se mueve, la oposición en España, y qué idea tiene respecto al futuro, cuando Franco haya muerto y Don Juan Carlos sea proclamado Rey.

En el encuentro de otoño del 74, el Príncipe le transmitió a Nicolás Franco su interés por conocer los proyectos e ideas del propio Carrillo, aunque se trataba de un nombre que no se podía pronunciar en España sin riesgo de cárcel. Pero el Príncipe, que sabía muy bien qué quería hacer en España una vez asumida la jefatura del Estado, necesitaba hacer llegar al dirigente comunista la idea de que iba a apostar por una democracia plena y que su esfuerzo sería inútil si no contaba con el respeto y la confianza de la oposición. Por tanto, Don Juan Carlos pedía a Nicolás Franco que se viera con Carrillo para hacerle partícipe de sus proyectos, que no podrían realizarse si la oposición se enfrentaba a sus iniciativas. Se hacía necesario también explicar que el proceso no podría ser inmediato, sino que, tras la muerte de Franco, sería preciso un plazo mínimo de tiempo para empezar a tomar las decisiones que cambiarían la vida de los españoles. Y, por supuesto, había que insistir a los intermediarios que acordaran la cita, y al propio Carrillo, que nunca nadie tendría noticia del encuentro hasta que España fuera ya una democracia, pues, en caso contrario, los franquistas se podían movilizar para impedir que el que ya fuera Rey actuara en la línea que se había propuesto. Y que pasaba, evidentemente, por la liquidación gradual del franquismo.

Nicolás Franco, que no conocía a Carrillo, volvió a contactar con José Mario Armero, que, a su vez, telefoneó a Lagunero, quien organizó el almuerzo en el restaurante parisino y tuvo la prudencia de no decir a Carrillo quién o quiénes iban a ser sus interlocutores. Nunca se sabrá si fue por temor a que el teléfono de Carrillo estuviera intervenido o por temor a que Carrillo diera una respuesta negativa a la posibilidad de reunirse con un sobrino del Generalísimo.

Nicolás Franco transmitió a Carrillo su interés por conocer la actitud del PCE ante la muerte del Generalísimo; y transmitió también la intención del futuro Rey de llevar a España hacia la democracia. Carrillo comentaría después que «nunca me dijo que viniera de parte del Príncipe, pero al poco tiempo de hablar con él me di cuenta de que no venía desde luego de parte de Franco. Le pregunté cómo estaba su tío, y me respondió que muy mal. La sensación que tuve o más bien la conclusión a la que llegué fue que un grupo de gerifaltes franquistas estaban pensando en cambiar las cosas y querían tantear a la oposición para saber cómo veíamos esa posibilidad de cambio. No pensé ni por asomo que en el origen de aquel almuerzo estuviera Juan Carlos, y hasta años después no supe que era el Rey quien le había encargado al sobrino de Franco que viniera a verme».

Nicolás Franco, por su parte, le dijo claramente que «si

Material que se incautó la Policía tras la detención de Santiago Carrillo, a su vuelta del exilio en París.

los comunistas apostaban por el tremendismo y por la abolición de las instituciones. se corría el riesgo de que el búnker civil y militar pusiera en riesgo el proceso democrático que, sin duda. se iba a iniciar cuando desapareciera el Caudillo. Y creo que entendió el mensaje».

De regreso en España, Nicolás Franco advirtió que en los círculos políticos mejor informados empezó a rumorearse que se había encontrado con Carrillo; algún amigo se lo preguntó en confianza, y él lo negó. (...) En el salón de actos. «me brearon a preguntas sobre el encuentro, pero negué que se hubiera producido. Si reconocía que me había reunido con Carrillo, inmediatamente me habrían preguntado quién me había enviado a París, de parte de quién había ido a ver al dirigente de los comunistas. Y comprometería al Príncipe. Así que negué siempre».

De interlocutor: un franquista

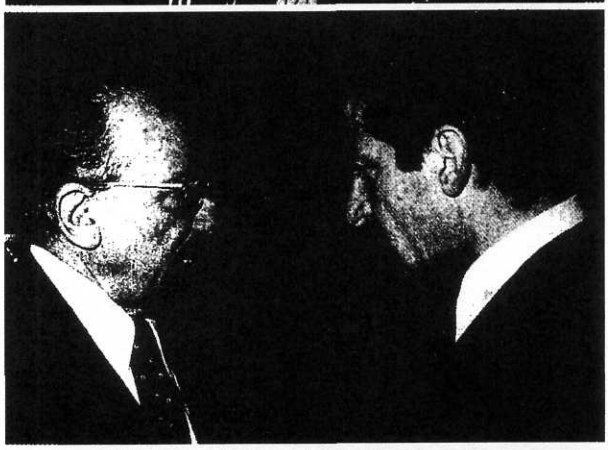
Por otra parte, Carrillo estaba acostumbrado, durante esos años últimos del franquismo, a recibir visitantes españoles que querían cambiar impresiones con el secretario general del PCE. aunque jamás pensó que entre los «curiosos», los «inquietos» y los «profetas del porvenir» estuviera un miembro destacado de la familia Franco. Porque el secretario general del PCE tenía datos sobre su interlocutor: era el sobrino que más contacto tenía con el Caudillo aunque. según sus informaciones. también se movía con cierta soltura en círculos no franquistas y. además, contaba con interlocutores excepcionales en el plano internacional.

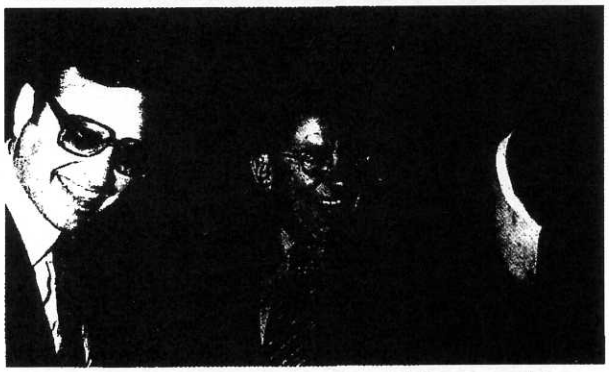
Y es que Carrillo (...) contaba con muy buena información sobre lo que ocurría en España. Antes de crear la Junta Democrática, se veía con cierta frecuencia con personalidades como Tierno Galván. Raúl Morodo o García Trevijano. Precisamente de aquellos encuentros salió el germen de la Junta Democrática. a cuyas reuniones asistían Simón Sánchez Montero. Ramón Tamames y el propio Carrillo en representación de los comunistas españoles.

Muerto Franco. el comité ejecutivo del partido, en un encuentro celebrado en Perpiñán. decidió que Carrillo tenía que instalarse en España. Había que asumir el riesgo y, evidentemente. tendría que moverse en la más estricta clandestinidad y con identidad falsa, pero en aquella época histórica de cambio los comunistas debían tener cerca, junto a ellos, a su máximo dirigente. Carrillo estuvo de acuerdo. y una vez más se recurrió a Teodulfo Lagunero para que organizase la operación.

Lo hizo a la perfección, y buscó para su amigo Santiago Carrillo una vivienda situada en una zona en la que nunca se hubiera pensado que estuviera instalado el responsable del PCE: El Viso madrileño, un barrio del centro, en lo alto de la calle de Serrano, con chales en los que residían familias de renombre y con gran poder adquisitivo. Carrillo vivió durante varios meses en uno de esos chalés, situado en la calle de Leizarán. Con él se instaló también un matrimonio del partido que servía de tapadera. Muy pocos militantes del PCE sabían que Carrillo estaba en Madrid, y muchos menos todavía conocían su domicilio.(...)

El verano del 76. en agosto. recibe una nueva visita de José Mario Armero: en Cannes. donde Carrillo pasaba unos días de vacaciones. El secretario general del PCE le dice que, para aceptar el proceso de cambio. que ya se había iniciado con el Rey. debe permitírsele la entrada legal a España, así como un pasaporte. Unas semanas más tarde, en septiembre. se vuelven a encontrar. esta vez en París. Armero da a entender que traía una serie de mensajes de parte de Adolfo Suárez. que apenas llevaba tres meses en la presidencia del gobierno. y de Alfonso Osorio. el vicepresidente. También era enviado del Rey, pero no se lo confesó a Carrillo hasta años más tarde.





Tres encuentros políticos significativos. El líder comunista departe con Manuel Fraga (arriba), con el presidente Adolfo Suárez y con el entonces ministro del Interior, Martín Villa.

Una vez más, Carrillo le explica su delicada situación personal y política: era un proscrito en España, pero tampoco tenía las cosas fáciles en Francia. El PCE no era legal, por tanto no podía residir en el país vecino siendo secretario general del PCE, y vivía con identidad falsa y documentación también falsa. (...) Armero, en esa cita de Cannes del año 76, le asegura que las cosas van a cambiar respecto a él en España. El Rey y el presidente están trabajando a fondo sin permitirse un minuto de retraso sobre los objetivos marcados, y pretenden que muy pronto Carrillo sea considerado un ciudadano con todos sus derechos; secretario general de un PCE que será un partido legal. Pero el Rey y Adolfo Suárez necesitan todavía un cierto tiempo. Si se precipitan, los sectores más ultras, y sobre todo los militares, pueden impedirlo. Y no precisamente por las buenas. (...) ■